

EL PERDEDOR INVENCIBLE

Por

Carmen M^a Portillo Blanquero

&

Mario Ratasi Sánchez

Facultad de Filología Hispánica por la Universidad de Sevilla

El siguiente trabajo se trata de una síntesis de la conferencia dada por los que escriben, en la Facultad de letras de la Universidad de Alcalá de Henares, con fecha 22 de Marzo del 2004. Tratamos de al menos cuestionar las ideas comúnmente aceptadas por los críticos sobre el personaje cervantino como son la locura y la muerte de Don Quijote.

¿Quién es el personaje de la novela?. El personaje civil, Alonso Quijano, era hombre de vida insulsa y monótona, dedicado al cuidado de su hacienda y a ver pasar los días sin más ni más. Así llegó hasta que “*frisaba en los cincuenta*”, en un modo de existencia con una sensación de vacío

Nuestro personaje no encuentra sentido en ese modo de vivir, y lleva a cabo ante nuestros asombrados ojos la primera “revolución” burguesa, la más letal -por sincera-, la que presenta ante el mundo al primer burgués que, en un acto sin precedentes de voluntad, no quiere serlo. Un hombre próximo al fin de sus días que decide enfrentarse contra todo el sistema en busca de su última oportunidad de sentirse vivo.

Don Quijote es el resultado de su “revolución”, es su armadura y su lanza. En él se encarna una extraña fusión de valores de distintas etapas. Por un lado Cervantes recupera en él los ya extintos valores caballerescos como son el enaltecimiento de la dama a través de la concepción cortés del amor (recordemos el episodio de las prostitutas (I, 2)), la defensa del débil, etc... junto con otros valores que parecen preconizar los más fervientes discursos revolucionarios de 1789, pensando principalmente en el capítulo en que Don Quijote libera a unos presos destinados a los galeotes, concediendo el derecho a la libertad a unos pícaros completamente despreciados en la jerarquía moral de la época. (I, 22).

Con ello vemos que el Norte de este caballero es el de otorgar dignidad a todo ser humano, indiferentemente de su condición, sexo, edad, etc... Salvando de una vida vacía a todo aquel que supiera aprender su doctrina, incluido Alonso Quijano.

Nuestro Quijote tenía claro que no quería eso, él opta el camino de la idealidad, el cual requiere mucho esfuerzo, mucha lucha y lo hace mostrando una gran voluntad y deseo de sentirse vivo.

La enseñanza de su nuevo modo de vida la vemos clara por ejemplo con Sancho. Quiere abrirle los ojos ante esta nueva verdad. Quiere enseñarle a luchar por ser feliz, quiere hacerle aprender los valores por los que lucha Don Quijote, pero todo esto lo hace de forma indirecta, situando a Sancho de modo que él mismo la pudiera descubrir. Y por esto se lo lleva consigo y lo hace ver y vivir su sueño.

Esta idealidad de Don Quijote es la que plantea Platón en su teoría del mundo de las ideas. El filósofo hablaba de dos mundos; el mundo real y el ideal (que es el camino que toma Don Quijote). Lo que llena el mundo ideal son para Platón "ideas", que se obtienen a través de un tipo de ver que Ortega y Gasset llamó activo, el cual interpreta viendo y ver interpretando, frente al ver pasivo, que simplemente capta la realidad tal cual se presenta. Esta visión activa, estas ideas, permiten llegar a lo que el filósofo llamó "dimensión virtual", que es la parte profunda de la realidad, frente a la material, a la superficial, la cual se presenta con un simple modo de ver pasivo, como el que poseía Sancho al principio de la obra, y tantos otros personajes.

La rebeldía de Don Quijote le lleva a captar la realidad e interpretarla utilizando este ver activo y transformarla en ideas. Ideas a través de las cuales logra alcanzar ese sentido virtual que tienen las cosas, adentrarse en lo más profundo para desde ahí tratar de cambiar la superficie. Romper con la "cárcel" del cuerpo, con la coraza que es la materia para el alma, situada en esa dimensión profunda. Don Quijote la libera para dejarla soñar libremente.

Al mundo real dentro de la novela pertenece Alonso Quijano, y al ideal Don Quijote de la Mancha.

Es este personaje del mundo de las ideas el protagonista principal de toda la obra, es quien vence, y no es derrotado como todos los críticos opinan, moralmente al caballero de la blanca luna en la última batalla de Don Quijote, es quien vence a la muerte de la cotidianidad,... es el lado ideal y no el físico de nuestro personaje quien se ríe a carcajadas de esos duques que se ríen de él, quien vence con una dialéctica suprema y una primorosa lucidez argumentativa en su enfrentamiento con el cura y es su lado físico el que muere postrado en su lecho.

Tradicionalmente se ha querido explicar esta conducta de Don Quijote achacando sus extraños sucesos a una locura que de todas formas nunca se definió certeramente.

Ver a nuestro héroe caballeresco sencillamente como un hombre que perdió la razón, enajenado por la infatigable lectura de los libros de caballerías es una barrera insoslayable para la comprensión de los aspectos más trascendentes desde nuestra óptica.

Hay frases en el *Elogio* que nos acercan a esa idea de locura reflejada en Don Quijote, una locura “fingida”, “voluntaria”, como por ejemplo:

“¡Cuánto mejor es vivir engañado, que no dejarse consumir por los celos y tomárselo todo a lo trágico!”.

La mentira asumida voluntariamente es un tema que Ortega y Gasset también trató y que la resumió en la siguiente frase:

“La mentira es al hombre más accesible que la verdad”.

Creemos que Cervantes deja al lector a lo largo de las páginas guiños y muestras de complicidad, convenciéndonos poco a poco de que todo era para Don Quijote un juego, una aventura consciente. Vamos a tratar de resumir estos “guiños” de una forma escueta y clara.

En la novela oímos continuamente a Cervantes afirmar que Don Quijote está loco (“*y prosiguió nuestro caballero con sus desvaríos...*”), pero en una lectura cuidadosa y atenta se pueden percibir detalles que afirman lo contrario. ¿Por qué, si no, lo llama “caballero”, siendo consciente de la falta de legalidad de su ceremonia de nombramiento? Si Cervantes estuviera pensando en un loco al escribir la novela, lo habría llamado por su nombre, y nos diría “Alonso Quijano el loco, etc. “, mientras que sin embargo lo llama “Don Quijote”, aceptando así el juego que el protagonista nos propone. Una novela sobre los desvaríos de una mente perturbada hubiera tenido escaso interés para la humanidad venidera y por lo tanto no habría logrado la universalidad de que goza y de la que ya era Cervantes consciente mientras escribía su novela

Recordemos ahora cómo empezaron las aventuras de Don Quijote:

“Y así, sin dar parte a persona alguna de su intención, y sin que nadie le viese, (...) se armó de todas sus armas, subió sobre Rocinante, puesta su mal compuesta celada, embrazó su adarga, tomó su lanza, y por la puerta falsa de un corral salió al campo, con grandísimo contento y alborozo de ver con cuánta facilidad había dado principio a su buen deseo.”

¿Por qué sale “sin que nadie le viese” y a la hora del amanecer, con el primer albor del día? ¿Y por qué por la puerta falsa o trasera? Don Quijote sabe que todo es un juego. Es del todo consciente de lo que está haciendo, y de que la presencia de terceros en este momento tan

importante de la primera salida podría desbaratarle la ficción, ya sea porque se rieran, ya porque intentaran persuadirle. Sale a escondidas, porque esto que comenzaba no era más que una travesura.

Otra cuestión de enorme interés es la de la tardía incorporación de Sancho a la acción. ¿Por qué no acompaña a Don Quijote desde el primer momento? Se han divulgado muchas razones, pero a nosotros nos parece muy sugerente la idea de que quizás Sancho no aparece hasta el capítulo VII porque de haber presenciado el risible acto en que se nombra caballero a su señor, no habría podido en ningún caso tener fe en Don Quijote y decidirse a seguirlo en sus andanzas. Don Quijote sabe siempre esquivar situaciones que puedan derrumbarle el juego.

Y es que Don Quijote ve lo que decide ver, como observamos en el conocido capítulo de los rebaños de ovejas. Nuestro caballero afirma a Sancho que son ejércitos de soldados a punto de enfrentarse entre sí. Más tarde enviste contra ellos con su lanza y montado sobre Rocinante, y llega a matar tras el ataque a varias ovejas. En efecto, si él mata ovejas, quiere decir que atacó con la lanza apuntando hacia abajo, y no en horizontal, como habría hecho si de verdad estuviera viendo soldados y caballeros. Esto nos muestra de nuevo que Don Quijote registra perfectamente la realidad, no hay perturbación alguna en sus sentidos y en su captación del entorno, es su imaginación irrefrenable y su vitalidad exuberante la que lo ayudan a transformar la realidad a través de su mirada:

"Yo imagino que todo lo que digo es así".

La lucidez que está en el fondo de todas las acciones de Don Quijote queda manifiesta en el desenlace de la disputa dialéctica que mantienen Don Quijote y un clérigo en una cena en el castillo de los duques, en el capítulo XXXI de la segunda parte. Este clérigo, denominado sagazmente por algunos críticos el personaje más estúpido de la historia de la literatura, ataca a Don Quijote con improperios acerca de su condición, sus discursos y sus fantasías, intentando desprenderlo de su armadura de caballero y dejarlo fuera de juego. La respuesta que da Don Quijote constituye sin duda una de las piezas más brillantes de la obra y uno de los monólogos más emocionantes y cargados de vigor que se hayan escrito nunca. Una persona que encierra en sí este tipo de valores y esta nobleza sublime, y que sabe predicarlos a los demás sin caer en la egolatría, no puede de ninguna manera estar loca. Tanto es así, que Cervantes le dedica todo un capítulo a su respuesta:

"Pero esta respuesta capítulo por sí merece."

Y a continuación:

“¿Por ventura es asunto vano, o es tiempo mal gastado el que se gasta en vagar por el mundo, no buscando los regalos dél, sino las asperezas por donde los buenos suben al asiento de la inmortalidad? Si me tuvieran por tonto los caballeros, los magníficos, los altamente nacidos, tuviéralo por afrenta irreparable; pero de que me tengan por sandio los estudiantes, que nunca entraron ni pisaron las sendas de la caballería, no se me da un ardite: caballero soy y caballero he de morir, si place al Altísimo. Unos van por el ancho campo de la ambición soberbia, otros por el de la adulación servil y baja; otros, por el de la hipocresía engañosa, y algunos, por el de la verdadera religión; mas yo, inclinado de mi estrella, voy por la angosta senda de la caballería andante, por cuyo ejercicio desprecio la hacienda, pero no la honra. Yo he satisfecho agravios, enderezado tuertos, castigado insolencias, vencido gigantes y atropellado vestiglos; yo soy enamorado, no más de porque es forzoso que los caballeros andantes lo sean, y siéndolo, no soy de los enamorados viciosos, sino de los platónicos continentes. Mis intenciones siempre las endezco a buenos fines, que son de hacer bien a todos y mal a ninguno; si el que esto entiende, si el que esto obra, si el que desto trata merece ser llamado bobo, díganlo vuestras grandezas, duque y duquesa excelentes.”

Con esta magistral pieza de oratoria, Don Quijote echa al clérigo fuera de la ficción y lo deja moralmente barrido. Evidentemente, un loco no habría escuchado con la presteza de Don Quijote a su interlocutor, ni mucho menos le hubiera dado por respuesta semejante pieza en la que Don Quijote hace gala de un maravilloso y sobre todo lucidísimo control del lenguaje y de la argumentación..

Unos capítulos más adelante, después de dar unos consejos a Sancho antes de hacerse gobernador de la ínsula Barataria, confiesa Cervantes:

“¿Quién oyera el pasado razonamiento de Don Quijote que no le tuviera por persona muy cuerda y mejor intencionada?”

También en esta línea oímos a Tomé Cecial, escudero de Sansón Carrasco cuando éste era el Caballero de los Espejos, dice:

“Don Quijote loco, nosotros cuerdos, él se va sano y riendo, vuesa merced queda molido y triste. Sepamos, pues, ahora, ¿cuál es más loco, el que lo es por no poder más, o el que lo es por su voluntad?” (II,12)

El juego de Don Quijote no consiste sólo en adecuar él mismo la realidad que le circunda a su ficción caballeresca, sino que, según avanza la novela y se estrechan los lazos entre caballero y escudero, también enseña a su fiel amigo Sancho a hacer lo propio, convirtiéndose Sancho en su “aprendiz de aventuras”. En un momento de la historia, Don

Quijote le pide a Sancho que vaya en búsqueda de Dulcinea para entregarle una carta. Sancho se verá en el aprieto de tener que mentir a su amo y crear su propia ficción para que Don Quijote no se enoje con él. Sancho no sabe inventar historias con la facilidad con que lo hace su amo, y mientras lo intenta es interrumpido continuamente por Don Quijote, quien va mostrándole a Sancho el camino, ayudándole a transformar la realidad retocando lo que éste le cuenta para amoldarlo perfectamente a su ficción.

Respecto a una carta se desenvuelve también otro episodio, el de la labranza de pollinos, en el cual se le da a Don Quijote un documento oficial para firmar pero éste se "hace el loco" y no lo firma ya que sabe que si lo hace como Alonso Quijano se le destruye el juego y si lo hace como Don Quijote, los documentos no tendrían validez alguna.

En el capítulo X de la segunda Don Quijote vuelve a poner a Sancho en un aprieto, pidiéndole que vaya a ver a su señora, para que "le echase su bendición" y le trajera noticias de ella. Sancho decide engañar a su señor, intentando hacer pasar a una humilde aldeana por Dulcinea, y a sus dos acompañantes, por dos princesas que la acompañan. Sancho ocupa el lugar que hasta ese momento había tenido exclusivamente Don Quijote, doblega la realidad bajo sus deseos y esta vez lo hace incluso imitando a Don Quijote en la manera de hablar, adoptando usos frecuentes de su habla más elevada. Lo más curioso es que antes de la partida de Sancho hacia el Toboso (a donde, por otra parte, nunca llegó), Don Quijote, que sabe que Dulcinea no existe y que Sancho tendrá que mentirle, le da las pautas por donde éste tendrá que dirigir su mentira:

"Ten memoria, y no se te pase della cómo te recibe: si muda las colores el tiempo que la estuvieres dando mi embajada; si se desasosiega y turba oyendo mi nombre; si acaso la encuentras sentada en el estrado rico de su autoridad; si levanta la mano al cabello para componerle, aunque no esté desordenado."

Sancho se va adentrando ineludiblemente en la forma de vida que su amo quiere enseñar.. Este proceso de "quijotización" culminará en los últimos capítulos de la obra, cuando Sancho ya no será capaz de imaginar el futuro sin idealidad, la vida sin una carga de imaginación que la ablande a sus ojos.

Según el crítico Martín de Riquer, Don Quijote muestra su verdadera locura cuando desaparece y no demuestra su "gallardo brazo" ni su "valentía" ante situaciones de riesgo, como la aventura de los bandoleros catalanes. Nosotros pensamos, sin embargo, que es aquí donde demuestra en verdad no estar loco, porque nunca le abandona su parte más lúcida y racional. Un loco se hubiera comportado de manera

inconsciente y temeraria en este episodio, ante un verdadero enfrentamiento, en el que ve peligrar su integridad, se aparta de la acción. Actúa cuerdamente, y demuestra ser consciente de sus limitaciones físicas.

Uno de los ejemplos de mayor belleza y profundidad de toda la obra para demostrar que las acciones de Don Quijote no estuvieron nunca alentadas por la locura, sino por el deseo de vivir aventuras, se encuentra en uno de los momentos finales, cuando nuestro caballero es retado por el Caballero de la Blanca Luna, que es en realidad el bachiller Sansón Carrasco disfrazado, intentando conseguir que Don Quijote cesara en sus andanzas y volviera a casa.

Don Quijote, en el transcurso de esta singular aventura, es sabedor de que quien se oculta tras los misteriosos aires del Caballero de la Blanca Luna es el bachiller Sansón Carrasco. ¿Cómo, si no, se puede explicar el derrumbe en el registro lingüístico que usa nuestro caballero al aceptar el reto interpuesto por el enigmático Caballero de la Blanca Luna? Veamos:

“Tomad, pues, la parte del campo que quisiéredes, que yo haré lo mesmo, y a quien Dios se la diere, San Pedro se la bendiga.” (II,64)

Es verdaderamente insólito escuchar a Don Quijote utilizar un refrán para dar paso a una batalla que responde en toda línea al tipo de aventura que él siempre quiso hacer suyas.

La contienda se lleva a cabo según lo establecido (si Don Quijote pierde, deberá retornar a su casa por espacio de un año, y si sucede lo contrario, él dispondrá de su adversario libremente), y es Don Quijote quien cae del caballo y quien en efecto pierde la batalla, pero detrás de las emocionantes palabras que siguen a su derrota se esconde el secreto de su más grande victoria, porque es Don Quijote el vencedor moral, pues con esta batalla del Caballero de la Blanca Luna no solamente ha conseguido llevar él mismo una aventura que le devolviera dignidad a su persona e ilusión y brillo a sus ojos, sino que también ha arrastrado a los demás: ha arrastrado a Sancho, ha arrastrado al bachiller Sansón Carrasco, y en el último capítulo demostrará que ha arrastrado a todos sus seres queridos. En efecto, la única manera de “vencer” a Don Quijote era disfrazándose de caballero, adoptando las leyes de su juego y entrando en él lanzándose al mundo sobre un caballo, la única manera por tanto de vencerlo, de hacerlo regresar a casa es... dándole la razón en el fondo y concediéndole el mayor triunfo. Por eso, a pesar de su figura escuálida y su ánimo a veces vacilante, a pesar de que sale apaleado de tantos sitios, es un perdedor, pero un perdedor... invencible.

Sansón Carrasco parece darse cuenta de esto cuando al final del reto que le propone, dice:

"La cual verdad si tú la confiesas de llano en llano, excusará tu muerte y el trabajo que yo he de tomar en dártela".

"Trabajo", significaba entonces "pena", "aflicción". Sansón Carrasco confiesa abiertamente la tristeza que le produce haber derrumbado el juego de ilusiones de su amigo.

Esta victoria del caballero de la Blanca Luna sobre Don Quijote es un hecho, pero no es más que una victoria superficial, "física", frente a la de Don Quijote que es más profunda. Nuestro personaje es por tanto derrotado físicamente pero no ideológicamente.

Otro de los grandes "mitos" es el de la muerte de Don Quijote. La segunda parte de nuestro ejercicio interpretativo es demostrar la no-muerte de nuestro personaje a través de la polifonía. La polifonía es un hecho lingüístico cuyo origen se encuentra en el dialogismo de Bajtin, quien afirmó que un mismo ser real puede desdoblarse en varias voces, en varios seres discursivos. G. Reyes llama a la polifonía de Bajtin "heterogeneidad" e igualmente admite que un sólo hablante pueda desdoblarse. En la oposición Alonso Quijano –personaje civil perteneciente al mundo real- y Don Quijote –personaje fantástico-perteneciente al mundo ideal, vemos dos voces dentro de un mismo ser. Este desdoblamiento en la personalidad del protagonista de la novela cervantina se manifiesta notablemente en el fondo y la forma de la lengua cervantina, quien hace que estos planos se den la mano al elegir las palabras exactas para cada uno de los desdoblamientos del protagonista. Así, al personaje perteneciente al mundo real, le otorga un lenguaje sencillo, cotidiano..... adecuado al hidalgo de aldea que era Alonso Quijano, frente al lenguaje ampuloso, recargado, fabulesco del caballero Don Quijote de la Mancha.

Esta polifonía va dejando marcas a lo largo de toda la obra. Por ejemplo en el último capítulo cuando Cervantes hace la descripción del momento de la muerte del protagonista, nos damos cuenta de la tremenda sencillez narrativa de utiliza en este momento tan culminante de la novela:

"el cual, entre compasiones y lágrimas de los que allí se hallaron, dio su espíritu: quiero decir que se murió" (II, 74)

¿Por qué Cervantes el momento más importante de la obra, lo resuelve en cinco palabras?. Cervantes acudió a una aparente sencillez para diferenciar este pasaje frente a la superabundancia de palabras que

encontramos en otros de la obra. Su intención era la de a través del lenguaje utilizado, conducir al lector para que entendiese de que se hablaba de Alonso Quijano y no de Don Quijote (si Don Quijote hubiera muerto en el campo de batalla Cervantes hubiera utilizado una descripción llena de engalanamientos y artificios retóricos propios de un caballero).

Otro ejemplo de polifonía lo vemos en los títulos de ambas partes de la novela. La primera parte de *El Quijote*, publicada en 1605, tiene como título *El ingenioso hidalgo Don Quijote de La Mancha*, mientras que la segunda parte, publicada diez años más tarde, en 1615, recibe el título de *El ingenioso caballero Don Quijote de La Mancha*. La razón de este aparentemente insignificante detalle es que cuando comienza la novela de 1605 Don Quijote aún no ha sido armado caballero, y por tanto aún no se ha desprendido de su condición de hidalguía, mientras que Cervantes ya puede llamarlo caballero en la segunda parte. En estos títulos vemos claramente las dos caras del protagonista; la del hidalgo y la del caballero.

Otro ejemplo lo vemos en la décima del último capítulo que dice así:

*Yace aquí el Hidalgo fuerte
que a tanto extremo llegó
de valiente, que se advierte
que la muerte no triunfó
de su vida con su muerte.
Tuvo a todo el mundo en poco;
fue el espantajo y el coco
del mundo, en tal coyuntura,
que acreditó su ventura
morir cuerdo y vivir loco.*

Claramente Cervantes al principio del poema dice que quien yace en la cama es “el Hidalgo”, y no “el caballero”..

Lo cierto es que todos le llaman “Don Quijote”, empezando por el cura, ejecutor de la quema de los libros de caballería (I, VI) para salvar de la locura a su buen amigo, lo oímos en el capítulo LXXIV decir:

“Ya tarda en decirle vuestra merced, señor Don Quijote- dijo el cura”

También oímos como el bachiller Sansón Carrasco, amigo del hidalgo que intentó durante toda la obra convencer a don Quijote de que cesara en su empeño y volviese a su cotidiana vida en la aldea,

disfrazándose del caballero de la blanca luna, del caballero de los espejos, dice:

"Todos procuraban alegrarle, diciéndole el bachiller que se animase y levantase, para comenzar su pastoral ejercicio, para el cual tenía ya compuesta una égloga"

"Y Sansón le dijo:

—¿Ahora, señor don Quijote, que tenemos nueva que está desencantada la señora Dulcinea, sale vuestra merced con eso? Y ¿agora que estamos tan a pique de ser pastores, para pasar cantando la vida, como unos príncipes, quiere vuesa merced hacerse ermitaño?"

O cuando le habla Sancho:

"no se muera vuestra merced, señor mío, sino tome mi consejo y viva muchos años, porque la mayor locura que puede hacer un hombre en esta vida es dejarse morir, sin más ni más, sin que nadie le mate, ni otras manos le acaben que las de la melancolía. Mire no sea perezoso, sino levántese esa cama, y vámonos al campo vestidos de pastores, como tenemos concertado: quizá tras de alguna mata hallaremos a la señora doña Dulcinea desencantada, que no haya más que ver. Si es que se muere de pesar de verse vencido, écheme a mí la culpa, diciendo que por haber yo cinchado mal a Rocinante le derribaron; cuanto más, que vuestra merced habrá visto en sus libros de caballerías ser cosa ordinaria derribarse unos caballeros a otros, y el que es vencido hoy ser vencedor mañana".

Personajes que habían rechazado a Don Quijote ahora lo aceptan. Todos a su manera acaban valorando y apreciando todo lo que significa Don Quijote de la Mancha.. Terminan comprendiendo que el modo de vivir que Don Quijote enseñaba a alcanzar la felicidad del individuo.

Pese al penar de todos los que acompañaban a este personaje yacente, oímos en este último capítulo, una aparente confesión y rechazo por parte del protagonista de su pasada locura:

"Yo tengo juicio ya, libre y claro, sin las sombras caliginosas de la ignorancia, que sobre él me pusieron mi amarga y continua leyenda de los detestable libros de las caballerías. Ya conozco sus disparates y embelecos, y no me pesa sino que este desengaño ha llegado tan tarde, que no me deja tiempo para hacer alguna recompensa, leyendo otros que sean luz del alma. Yo me siento, sobrina, a punto de muerte; querría hacerla de tal modo, que diese a entender que no había sido mi vida tan mala, que dejase renombre de loco; que, puesto que lo he sido, no querría conservar esta verdad en mi muerte."

Efectivamente, Don Quijote parece renunciar a su condición de caballero andante, parece arrepentirse, pero bajo una lectura profunda se ve que hay algo más que una redención a las puertas de la muerte. Lo

que hace Cervantes en este último capítulo es salvarle la vida a Don Quijote. Éste, sabiendo que está gravemente enfermo y que su fallecimiento físico debe estar cerca (recordemos que antes de “recobrar la cordura” Don Quijote ha pasado seis días enfermo), se “desprende” en apariencia de su armadura de caballero, pero lo que consigue con ello es que quien muera en la cama sea Alonso Quijano, el personaje civil, la persona de la vida “real”, pero no Don Quijote, ya que para un caballero andante hubiera sido una humillación morir en la cama. Los caballeros andantes no mueren en una habitación rodeados de su familia y amigos, sino en grandes batallas, salvando a los débiles o luchando contra tiranos. Vemos aquí de nuevo el desdoblamiento Alonso Quijano / Don Quijote en el que se basa Cervantes, el cual si hubiera hecho que su personaje continuara hablando en la lengua fabulesca propia de la caballería, habría hecho morir al caballero, a Don Quijote, por eso Cervantes utiliza el lenguaje sencillo en este pasaje en boca del protagonista, para dejar claro que es Alonso Quijano quien fallece.

Detrás de esa aparente renuncia lo que se esconde es la más grande demostración de amor de toda la literatura universal, al morir Alonso Quijano por Don Quijote, por el personaje que le dio la libertad, que lo sacó de su casa y lo llevó a recorrer el mundo viviendo las más hermosas aventuras y que le enseñó a ver la realidad de otra manera, da la vida por él, para hacerlo, con este capítulo final, dos veces inmortal.